



# Las mujeres chismosas

NUEVO RELATO DE LAS CRÍTICAS Y MURMURACIONES  
EN QUE ORDINARIAMENTE SE DEDICAN LAS MUJERES  
EN SUS REUNIONES

Juntas en una solana se encontraron cierto día Antonia, Pepa, María, Manuela, Teresa y Juana.

Pepa, que era ya jamona, amiga de criticar, deseosa de charlar así decía á Ramona:

—¿Conque se nos casa Juana? Lo he sabido en la tertulia, yo compadezco á la Julia porque él es un holgazán, y no es más lisonjero que Juana sea mal trabaja, sino que tiene por maja la mujer del zapatero;

si hubiera llegado á mí sabiendo lo que sé yo, muy pronto le digo, no, en vez de decir que sí.

—El tiene mala cabeza, dijo Teresa terciando, pero la verdad, hablando... ¡la tal Julia es una pieza!... según dicho de la gente hará dos años lo más, que con el hijo de Blas tuvo algún inconveniente.

—Es mentira, hace dos años fué á bañarse á Panticosa.

—Se dice que fué á otra cosa muy ajena de los baños.

—Si dan que una no es buena  
la cayó la lotería...

—Desengáñate, María,  
¡porque cuando el río suena!

—Yo juraría á estas cruces  
que Julia no lleva un pero...

—¡Hija, en mediando dinero  
en el siglo de las luces!...

—También decían que Elisa  
modelo de honradez era,  
porque se hizo frailera  
y se tragaba mil misas;  
así es que el pobre Meneses  
se zampó en la ratonera,  
y que quiera ó que no quiera  
es padre á los cuatro mesés.

—De eso no me digas nada,  
se que hay bastante oculto...  
pronto se la busca el bulto,  
¡conozco yo una Libradal!...

—Y el lujo que gasta Ireue,  
¿le costea su marido?

—Julio la ha dado un vestido.

—Si ha dicho que no la viene.

—Mujer tan tonta no habrá,  
mucho orgullo es lo que tiene,  
si la viene... ó no la viene...  
ella sola lo sabrá;

y si Julio fuera solo  
se podría soportar,  
mas te puedo asegurar  
que también entra Manolo.  
¡He visto tanto, Luisita!  
que aunque el marido no quiera  
no dejan de llevar cera  
los devotos de esa ermita.

—Pues anda, que no muy lejos  
¡tenemos una Ignacita!...  
que aunque es fea la maldita  
tiene á pares los cortejos.

—Si es una mujer honrada,  
chica, desengáñate,  
no se cómo ni por qué

ninguno la dice nada;  
la que es blanda, zalamera,  
chupona y cuca á la vez,  
siempre tiene dos ó tres  
que la den... cuanto ella quiera.  
¡Si no fuera la vergüenza  
que á una la da ciertas cosas!...  
no seríamos siempre haraposas  
ni desgraciadas, Luisita,  
de decir yo ya estoy harta,  
y aunque sea un mameluco,  
como á mí me digan truco  
muy pronto envido la falta.

Ignacia estaba escuchando  
de Quintina la relación,  
de pronto salió al balcón  
furiosa y pataleando.

—Dime, Quintina, ¿te empleas  
en fiscalizar el barrio?  
Critica solo, ¡canario!

lo que por tus ojos veas.  
¿Qué puedes decir de mí,  
ni tú ni ningún nacido?  
Si es que deseas marido  
búscatelo por ahí.

Quintina, que no era corta,  
la replicó en el instante:

—También la importa bastante.

—Pues es claro que me importa.

—En la calle nadie manda,  
y así puede usted callar.

—Como yo llegue á bajar  
te canto la zarabanda...

—Mucho hablaba la difunta  
sobre ese particular.

—¡Que se la va usted á encontrar  
de mi zapato la punta!

—Mira la cara de Delfín  
lo mismo que su vecina...

—Pues como baje, Quintina,  
se arma la de San Quintín.

—A mí ninguna me reta.  
—Pues yo retarte he querido.

—Vaya usted á su marido  
á coserle la... chaqueta.

—Bien te metes, deslenguada,  
en tu casa á Hilario Prieto...

—Si le meto ó no le meto,  
á usted no le importa nada.

—Eres un tapón de alberca.

—Y usted alberca de taponés.

—Puerca de los bodegones.

—¡Miste á quien dice puerca!

Y ligera como un gamo,  
sin andar con mojigangas,  
levantándose las mangas  
bajó de escalera un tramo;  
dando en la calle revuelo  
la moza desesperada,  
después de una bofetada  
se agarraron de los pelos;  
y diciéndose mil motes,  
con fervorosos abrazos,  
se llenaron de arañazos  
resonando los azotes;  
toda la gente corría,  
y aunque daban gritos ellas  
ninguno las socorría;  
por fin, una y otra loba  
pudieron ser separadas.  
Se van con semblante fiero  
diciéndose por remate:  
—Te he puesto como un tomate,  
bueno llevas el trasero.

Pero en dicha tremolina  
nadie ha visto otra desgracia,  
que las piernas de la Ignacia  
y algo más de la Quintina;  
con espectáculo tal  
los hombres que aquesto vieron,  
un rato se divertieron  
viendo la lucha campal;  
los muchachos que pasando

toda su atención ponían,  
cuando algo extraño veían  
mil gritos daban silbando;  
en el campo de batalla  
se veían mil despojos,  
añadidos, negros, rojos  
y algún pedazo de saya.

Todo hombre que se inclina  
ó se prepara á casar,  
antes se debe acordar  
de la Ignacia y la Quintina;  
en este lance fatal  
hay muy poco que escoger,  
porque en diciendo mujer  
la cosecha es toda igual.

Un hombre que está soltero,  
libre como un pajarito  
y entre como un parvulito,  
es un simple majadero;  
son como gatas garduñas,  
egoistas y orgullosas  
y sean feas ó hermosas  
désean clavar las uñas;  
aunque pases mil trabajos,  
apuros y privaciones,  
ella te dará instrucciones  
para moños y cintajos;  
pasas por estrechos arcos  
aunque no debas pasar,  
y ella al fin te ha de alistar  
en la hermandad de San Marcos.

Así, lector, te aconsejo  
temas á ese bicho fiero,  
y continúes soltero  
aunque te caigas de viejo,  
y si llegas á enviudar  
(lo que Dios no lo permita),  
te ruego por Santa Rita  
no te vuelvas á casar.

# ORACION DE UN BORRACHO

¡Oh, Dios Todopoderoso!  
socorre á este mamarracho,  
que no tiene más defecto  
que ser un grande borracho.

Hace catorce minutos  
lo menos que no he bebido,  
se me seca la garganta  
y nadie convida á vino.

Tú, Señor, en cuyas manos  
todas las viñas están,  
haz que llueva sobre mí  
peleón ó mostagán.

Con tanto poder, Señor,  
obliga á los taberneros  
que no bauticen el vino  
y que rebajen el precio.

Un pobretón como yo  
que por arrobos lo bebe,  
no puede hartarse jamás  
tan caro como lo venden.

¡Oh, Señor! yo te lo ruego  
con todo mi corazón,  
que no entre el pan en mi cuerpo,  
pero que entre el peleón.

Que la carne y las patatas  
no vea para un remedio,  
habiendo fuentes de vino  
he de quedar tan contento.

Aplica á los taberneros  
todo tu santo rigor,  
que no fian ni un azumbre  
á un borracho como yo.

Señor, Señor, que me ahogo  
y que me abraso de sed,  
tened compasión de mí  
y haced me den de beber.

Señor, si vos os volviérais  
ser humano como yo,  
veriais lo que padece  
un borracho sin licor.

No permitáis que mis ojos  
contemplan llenos de horror  
una sola gota de agua,  
aguardiente, si Señor.

Si todo esto concedéis,  
Señor, gracias mil os doy,  
á vuestras plantas me postro  
y á echarme una copa voy.

FIN

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestrera, 6.